

Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedáron contentos y alegres del buen suceso del Cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordáron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante, ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que

todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dixo: quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta. Ya lo oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

BIBLIOTECA DE DIFUSION SOCIAL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO GARCIA

1 de Mayo de 1911

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

MARINERO soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que quantas vió Palinuro.

Yo no sé adonde me guia,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso
son nubes que me la encubren,
quando mas verla procuro.

¡O clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no seria bien que

dexase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz, que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazandose estrechamente con Dorotea, le dixo: ¡ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertásteis? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver ni oír á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas. No es sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de

la muchacha, pareciéndole que se aventaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dixo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿que es lo que decis de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oírle, se tapó con las manos entrámbos oídos, de lo que también se admiró Dorotea: la qual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porflas
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, que era lo que le queria decir denantes. Entónces Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y así le dixo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del Reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni

lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dexé estar sin darme otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dexarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y así el dia que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, si quiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un Lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson puesto en há-

bito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocíle, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran (n) estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto

os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver, que no es mozo de mulas como decís, sino Señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digáis mas, señora Doña Clara, dixo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digáis mas, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara; que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo; quanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dexase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años,

años, que para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quan como niña hablaba Doña Clara, á quien dixo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las qualés, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guarda, determináron las dos de hacelle alguna burla, ó aloménos de pasar un poco el tiempo, oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y viéron que Don Quixote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimesmo oyéron que decia con voz blanda, regalada y amorosa:

ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleytable que hay en el mundo; y que hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las miéntes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó luminaria de las tres caras (1), quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente, que vida á mi muerte, y que premio á mis servicios. Y tú sol, que ya debes de estar apriesa en-

(1) La luna, ó la diosa Diana, como dixo Virgilio:

Tria virginis ora Diana.

(Æneid. lib. 4, v. 511.)

sillando tus caballos, por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al veria y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de ti, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entónces, zeloso y enamorado (1). Á este punto llegaba entónces Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion,

(1) Esta Ingrata fue Dafne, que huía de Apolo, que es el sol, por las riberas del Peneo, el mejor rio de Tesalia, como dice Plinio. (Hist. lib. 4, cap. 8.)

que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dixo: lástima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas miénten en parte donde no es posible responderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mesmo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del

sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dixo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quixote daría la mano que le había pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se baxó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quixote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dixo: tomad, señora, esa

mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis, que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dexá-

ron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar, que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las Damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, quando en aquel mesmo castillo le molió aquel Moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si po-

día soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exâgerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen: allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y haciale creer esto, ver que

Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, quando llegaron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviáos afuera, y esperad que aclare el día, y entónces verémos si será justo, ó no, que os abran. ¿Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que

nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Pareceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta Provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornáron á llamar con grande furia, y fué de modo que el



PART. I, CAP. XLIII. 187

ventero despertó, y aun todos quantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla cayeron con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse,

engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo (1).

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

EN efeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero desparovido á ver quien tales gritos daba, y los

(1) Otros dos casos semejantes á este, el uno fingido como el de Don Quixote, y el otro verdadero, se refieren tambien. El fingido le sucedió á Virgilio, de quien se dice falsamente que era dado al estudio de la magia, y que una muger, con quien quiso disputar en Roma, y á quien tenia afición, le engañó, y en virtud de un encanto mas poderoso le hizo baxar por una torre, metido en una cesta, dexándole colgado á la mitad de ella á vista del pueblo romano, como dice Gracian du Pont. (*Controversias del sexo femenino y masculino*, citadas por el autor del Gran Diccionario Crítico, V. *Virgilio*.) El verdadero sucedió á mosen Bernat (ó Don Bernardo) de Cabrera, gran privado del rey Don Pedro de Aragon, que estando preso, y sin

que estaban fuera, hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia despertado á las mesmas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegando á él, le preguntáron, que tenia

perjuicio de la causa, dispusieron hacerle una afrentosa burla por medio de una muger con quien tenia amistad; y así con acuerdo de la Justicia y del carcelero le descolgaron por la torre de la prision, y le dexaron suspenso á la mitad de ella. Cuenta este suceso Alonso Martinez de Toledo, arcipreste de Talavera, y capellan de Don Juan II, en el *Corvacho*, ó *Libro de los vicios de las malas mugeres*, donde advierte, que él vio en sus dias infinitos hombres, y aun hembras, que vieron á mosen Bernat. (P. I, cap. 18.)..... Pensando (prosigue) que la muger no le engañaria, creyola, é toma una sogá que ella le envió, y el que le guardaba dióle lugar á todo, é dexole limar el cerrojo de la ventana, é abriola, é al primer sueño salió por la ventana, é comenzo á descender por la torre abaxo, y en medio de la torre tenia una red de esparto gruesa abierta (que alla la llaman xabega) con sus artificios, y quando fue dentro en la red, cerraronla, y cortaron las cuerdas que estaban de alto en la ventana, y así quedó allí colgado hasta otro dia en la tarde, que le llevaron de allí sin comer ni beber, é todo el pueblo de la cibdad é de fuera della, sus amigos y enemigos, le vieron, y oinieron á ver allí donde estaba en jubon, como Virgilio. Pudiera dudarse si Cervantes tuvo presente alguno de estos dos casos para advertir tambien al lector de los engaños del amor profano.